

## Recomenzar desde las ciudades

*Gaetano Sateriale*



Apropiación ciudadana de un parque de la ciudad de París.

### 1. Las ciudades, hoy

Las ciudades, grandes o pequeñas, son ante todo los ciudadanos, las familias y las comunidades que viven en ellas, de lo contrario serían solo estructuras de edificios vacías y dotadas de funciones sin usuarios. Son las personas (y los animales que las habitan) las que animan las casas, las calles, las plazas, los parques, que hacen atractivos los espacios con su presencia y sus relaciones. De lo contrario, las ciudades serían como tantas Pompeya o como tantos pueblos abandonados en las montañas. Luego están las infraestructuras, los servicios básicos (educación, sanidad, asistencia, transporte, información, seguridad, cultura, actividades económicas y comerciales).

Las ciudades son también las múltiples ocupaciones y las diversas condiciones de trabajo de sus habitantes. La sede de los órganos de gobierno local, instituciones estatales, oficinas de policía, actividades de culto. Las ciudades son el lugar donde se lleva a cabo el “contrato social” entre el ciudadano y el Estado: “Yo pago impuestos, tú me garantizas la representación política”, como dicen en EE.UU. Además de la representación política –añadimos los europeos– el Estado garantiza los servicios esenciales y la seguridad para todos. Las ciudades son el lugar de este equilibrio de funciones entre el Estado y la ciudadanía. Es el punto de encuentro entre derechos y deberes. Son nuestro bien común, la red inclusiva, el



Espacio público en el centro de Nápoles.

patrimonio colectivo permanente que aumenta o pierde valor según las políticas y comportamientos que adoptemos.

Cuando los ciudadanos y los órganos de gobierno están en armonía –demanda y oferta de servicios se encuentran– la calidad de vida en las ciudades aumenta. Cuando crece la distancia entre gobernantes y gobernados, ya sea por auto-representación de los líderes o por indiferencia o resignación de los ciudadanos, la ciudad pierde valor. Pero estas dinámicas no son homogéneas. El proceso de urbanización en curso en el mundo produce beneficios e inconvenientes de forma diferenciada y creciente: mejora la calidad de ciertas áreas urbanas, aumenta la degradación de otras; mejora el bienestar de algunos estratos sociales, aumenta el malestar de otros. La urbanización aumenta la distancia entre las condiciones de vida en la ciudad y en el territorio no urbano y aumenta las desigualdades entre diferentes áreas dentro de un mismo espacio urbano.

La pandemia que hemos vivido, y seguimos viviendo, ha acentuado estas contradicciones, como antes lo habían hecho otras pandemias, otras crisis económicas, otros conflictos. Espacios pequeños y concurridos, servicios distantes, condiciones higiénicas precarias y otros factores de mala calidad de vida han multiplicado los efectos negativos del virus. La pandemia nos ha obligado a cambiar la idea de ciudades y servicios (algunos incluso dicen que la idea de familia) que teníamos antes. Vivir en una ciudad ya no garantiza que puedas recibir los servicios necesarios e indispensables. Vivir en una ciudad sin tener relaciones con tu comunidad aumenta la soledad y la inseguridad. Especialmente para las partes frágiles de la población: ancianos, mujeres, niños.

La pandemia ha trastocado nuestra concepción de la relación entre ciudadanos y servicios: la utilidad, calidad y eficiencia de un hospital, una escuela y un transporte público no dependen del mero

hecho de que estas actividades existan en algún lugar de la ciudad, sino de su proximidad física a las personas cuyas exigencias y necesidades son satisfechas. La reducción de la movilidad de las personas implica una mayor permeabilidad de los servicios. De lo que en Europa llamamos bienestar ciudadano y que representa un patrimonio, un valor añadido, de nuestro continente y de nuestra comunidad.

Se podría argumentar que la reducción de la movilidad es temporal y que una vez superada la pandemia todo volverá a funcionar como antes. Pero esta tesis tranquilizadora ha sido refutada por algunos pensadores desde hace tiempo. En primer lugar, por el hecho de que la población está envejeciendo en Europa y que la calidad de vida urbana se centra más en las necesidades de los mayores, si queremos ampliar el concepto de ciudadanía activa, que adopta la prevención, no sólo de la enfermedad sino también del malestar y la inseguridad, como principio de acción política mejor que la de la intervención *ex post*: “más vale prevenir que curar”, también en el ámbito social y no sólo en el sanitario. A lo que tenemos que añadir la tendencia histórica hacia el crecimiento de las desigualdades en las condiciones de vida urbana entre centro y periferia en términos de equipamiento y, por lo tanto, de uso de servicios, así como en la calidad de vida y movilidad.

De estas y otras consideraciones nació la idea, primero en Francia y después también en otros países, de la “ciudad de los 15 minutos”, según la cual la calidad del bienestar depende esencialmente de la posibilidad que tienen los ciudadanos de tener respuestas a sus necesidades esenciales en un espacio al que se puede llegar en 15 minutos desde donde viven. Entre

estas “necesidades esenciales” hay que incluir no sólo la sanidad, la educación, el transporte sino también la distribución comercial, las zonas verdes, los lugares de encuentro y relación social y, por último, los lugares de escucha y relación entre particulares y administraciones, las áreas de gobierno de la ciudades, que tampoco pueden estar separadas y alejadas de los ciudadanos, so pena de un muy arriesgado debilitamiento de los niveles de participación y democracia.

## **2. Ciudades, ciudadanos y representatividad**

En abstracto, el ciudadano, los ciudadanos, se relacionan con los órganos e instituciones gubernamentales tanto a nivel individual como colectivo. Partidos, sindicatos, asociaciones, corporaciones han representado y protegido, a lo largo de los siglos, las diversas organizaciones sociales contra el “poder constituido”. Calmaron las tendencias autocráticas, apoyaron las necesidades de las diversas esferas sociales y dieron vida a la democracia. A lo largo del tiempo, hemos asistido a fases crecientes y decrecientes de estas formas de autoprotección colectiva de los ciudadanos. Hoy parece posible decir que estamos ante una crisis de representación política que crea un espacio vacío que se amplía entre ciudadanos e instituciones.

En política, como en física, los vacíos tienden a ser llenados por algo (materia o antimateria, político o antipolítico) que se expande y fortalece con el tiempo. De esta ruptura de las relaciones normales entre ciudadanos y niveles de representación surgen las deformaciones de la democracia que estamos presenciando también en Europa. Los modelos falsamente modernistas de autorrepresentación digital del poder que, por un lado, saltándose los niveles



La Rambla de Barcelona durante la pandemia del COVID-19 (mayo 2020).

intermedios, se relaciona “directamente” con los votantes, por otro.

Se está difundiendo numerosas experiencias de “ciudadanía activa”, asociación de intereses, asistencia voluntaria, “tercer sector” sin ánimo de lucro, de origen laico y religioso que, sin una relación directa con la política, intentan representar las necesidades de sus miembros y asociados para mejorar sus condiciones de vida y de trabajo. ¿Serán capaces las muchas organizaciones sociales que existen hoy de llenar el vacío de la política?, ¿de desempeñar una función alternativa de apoyo, si no renovación, de la democracia? Es difícil responder a esta pregunta de manera unívoca. Las democracias parlamentarias e indirectas que conocemos se basan en la existencia y el papel de organizaciones de representación política: los partidos. Imaginar un sistema democrático en el que participen ciudadanos individuales y organizaciones de representación social, que no se sientan en las asambleas de los

elegidos, es difícil, si no imposible. La respuesta más equilibrada a las preguntas anteriores podría estar no tanto en una forma de sustitución de las organizaciones políticas por organizaciones sociales como en el papel de alternador y catalizador que las fuerzas sociales pueden jugar para una renovación de la política y la democracia a través de formas de participación activa de los ciudadanos.

También en este caso, una medida de la eficacia del sistema de representación social y política puede ser el concepto de “proximidad”. De proximidad física, no digital, entre representantes y representados. Tomando prestada la metáfora ya utilizada, se podría pensar en una “política de 15 minutos”. Lugares representativos, de fácil acceso y que puedan interactuar en tiempo real con los votantes. De lo contrario, la separación entre elegidos y electores está destinada a crecer y con ella la desconfianza del votante hacia la política, por un lado, la presuntuosa

autosuficiencia de los partidos políticos y las instituciones, por el otro.

Sería importante que, en esta fase incierta e intermedia, las organizaciones sociales (a partir de los sindicatos) construyan relaciones entre ellas, momentos de amplia participación ciudadana y caminos de negociación, consulta social con las instituciones gubernamentales a partir no tanto –o no únicamente tanto– desde una posición superior como desde abajo, desde ciudades y territorios.

### 3. Desequilibrios y desigualdades

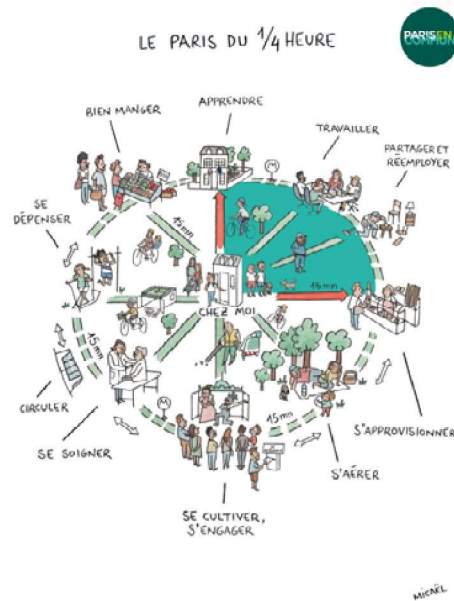
Volvamos a las ciudades y las necesidades de sus habitantes. El urbanista Edoardo Salzano sostiene que la Ciudad contiene en sí misma 3 entidades superpuestas (“*las tres caras de la ciudad*”): la *Urbs*, con sus arquitecturas e infraestructuras, la *Civitas*, que es la comunidad de las personas que la habitan y la *Polis*, donde se desarrollan funciones políticas y administrativas. Si en la *Civitas* no se incluyen las actividades económicas y de servicios necesarias para la vida de los ciudadanos, habría que añadir una cuarta entidad: el *Negotium* o el *Forum*, en torno al cual han nacido muchas veces las ciudades que conocemos. No es concebible intervenir en una lógica de mejora de las condiciones de vida de las personas sin actuar sobre todas las diferentes entidades de la *URBS*.

Los desequilibrios y desigualdades, la marginación, la inseguridad que sufrimos hoy en día al vivir en las ciudades dependen precisamente de que, desde hace años, se implementan políticas urbanísticas disociadas: viviendas sin infraestructuras viarias y de transporte, suburbios sin lugares de agregación, “planes reguladores” sin participación de los ciudadanos, actividades económicas desvinculadas

de las necesidades, centros comerciales alejados de los clientes, atención sanitaria centrada en hospitales lejanos, la escuela como espacio propio y cerrado a la ciudad, servicios locales muchas veces ineficientes, transporte público poco potenciado, políticas laborales centradas en la demanda del trabajo existente y no en las necesidades del país y sus habitantes.

En Italia, nació en 2019 (a través de una iniciativa sindical) la Asociación *Nuove Regenerazioni* que tiene como objetivo “regenerar” la relación entre las necesidades de los ciudadanos y los servicios prestados por la ciudad a partir de la estrategia de la Agenda 2030 de la ONU que, como es bien conocida, describe los objetivos y metas a nivel global para lograr un desarrollo que no empobrezca el planeta y sus habitantes, según una idea de *sostenibilidad* ambiental, social y económica. Es intención de la Asociación *Nuove Regenerazioni* realizar, en colaboración con expertos de todos los sectores de la investigación y el conocimiento, un censo de las necesidades de la población antes y después de la pandemia y organizar plataformas y encuentros territoriales que traten sobre las respuestas a dar a esas necesidades.

En pocas palabras, podríamos decir que la política de regeneración de las ciudades y los territorios tiene como centro de gravedad la idea de que el sistema del Estado del bienestar europeo debe ampliarse y mejorarse en dos direcciones: el bienestar de las personas (salud, trabajo, seguridad social, asistencial, educación, etc.) y el bienestar del territorio (prevención de riesgos, mantenimiento ordinario y extraordinario del paisaje, montaña, costas y ríos, etc.). En los últimos años, por el contrario, el sistema de bienestar europeo se ha debilitado siguiendo dos tendencias



La ciudad de París, impulsa un nuevo modelo urbano en el que los ciudadanos tengan a su disposición todos los servicios esenciales (trabajo, escuelas, hospitales o centros culturales) a tan solo un cuarto de hora andando o en bici de sus hogares.

dominantes tras la crisis de 2008 pero hoy, en gran parte, imposibles de plantear: la lógica de la contención del gasto público y el “equilibrio presupuestario” (austeridad impuesta) que debía favorecer la recuperación económica privada y la idea de dejar espacio a los particulares en el contexto de los servicios públicos (empezando por el seguro de salud). Esto ha supuesto una reducción de la asistencia a las personas y el abandono del mantenimiento y recalificación preventiva del territorio y sus infraestructuras. Y a un aumento del gasto final, ya que la emergencia y la reconstrucción cuestan más que la prevención.

#### 4. Crisis sistémica y trabajo digno

La pandemia nos ha colocado ante, al menos, 6 crisis o emergencias, que se han entrecruzado y han generado la más grave crisis del sistema capitalista, a escala mundial, desde la crisis de

1929. Una crisis sanitaria, una crisis social compuesta por la marginación, el desempleo, el hambre y la pobreza, una crisis económica con caída de ingresos e inversiones (y aumento de la propensión al ahorro), una crisis demográfica conformada por una población en declive y por personas mayores que crecen en soledad, una crisis ambiental (que afecta a factores climáticos, contaminación, consumo de recursos, generación de residuos, etc.). Y, por último, una guerra cruenta e inhumana en el corazón de Europa con consecuencias imprevisibles, que ha generado una crisis migratoria y otra de las materias primas.

Generalmente, cuando los factores de la crisis son numerosos y están entrelazados, hablamos de una “crisis sistémica”. No es posible salir de una crisis sistémica actuando sólo sobre uno de los factores de la crisis, y mucho menos imaginando que la recuperación económica del

consumo puede impulsar el bienestar general y resolver positivamente todos los déficits y desigualdades existentes. La crisis sistémica requiere políticas múltiples y coordinadas a escala europea, nacional y territorial. Un gran desafío para el “viejo” continente y para un país históricamente desarticulado como Italia. Pero un punto de inflexión indispensable en las políticas, para que sean efectivas en la superación de la lógica de la intervención desordenada y sectorial.

El principal reto de las opciones indispensables para fortalecer la Unión Europea, tanto desde el punto de vista de la política exterior y de defensa como desde el de la autosuficiencia y la seguridad energética (un fortalecimiento y un desafío indispensables para la supervivencia misma de la Unión) es la puesta en marcha de políticas de inversión en la economía del continente, con la finalidad de salvaguardar, a la vez, su bienestar y seguridad en una lógica de reducción de desigualdades que el liberalismo financiero global ha incrementado en las últimas décadas. Así como con miras a reducir la dependencia de los mercados extranjeros de productos estratégicos.

También en este campo se necesitarán cantidad de políticas macro y sectoriales, pero, sobre todo, será fundamental hacer explícito y compartido el centro de gravedad de las políticas económicas europeas: una nueva *EU Next Generation*. El centro de gravedad ya no puede ser la defensa del valor del euro: este es un instrumento, no un fin en sí mismo. Así como durante la emergencia del COVID-19, Europa supo anteponer la salud de los ciudadanos a cualquier otra restricción económica y financiera, ahora debe hacerlo colocando el objetivo del pleno empleo en el centro de sus políticas

(sin otorgar excepciones a los Estados). Es decir, la creación de un trabajo digno especialmente dirigido a jóvenes y mujeres que hoy no lo han conseguido o lo han perdido. Haciendo del trabajo para todos un objetivo directo de las políticas a adoptar y del gasto público a emplear y no un derivado variable de las inversiones públicas y privadas.

Para alcanzar la meta del pleno empleo, ciertamente son necesarias muchas políticas económicas “macro”, comenzando por la dimensión de las inversiones públicas, y políticas sociales de regulación y protección del trabajo, para evitar que se convierta en una “plena precariedad” del trabajo. Pero, sobre todo, es necesario concretar estas políticas en dirección de abajo hacia arriba, a partir de realidades concretas: desde los lugares donde se expresan las necesidades prioritarias y se ensayan las respuestas que deben darse a esas necesidades.

Las ciudades y los territorios son también los lugares idóneos para las políticas de empleo. Al fin y al cabo, la medicina de proximidad requiere nuevo personal médico y de enfermería. La extensión cualificada de la escuela infantil requiere de nuevas generaciones de docentes. El transporte público ecológico demanda nuevos medios, nuevas redes y nuevo personal. Por no hablar de la supresión de barreras arquitectónicas en las ciudades, el cuidado de los parques públicos, la creación de espacios peatonales de relación comunitaria, nuevos materiales de construcción reciclables y nuevas formas de habitar (vivienda compartida, vivienda social, vivienda para mayores). Y la reorganización de los servicios públicos en línea con los principios de sostenibilidad, empezando por el de residuos y seguridad. De ahí



La Agenda 2030 establece específicamente en su objetivo 8 “Trabajo decente y desarrollo económico”.

el mantenimiento de los bosques, ríos y canales. En definitiva, la regeneración urbana y territorial se logra multiplicando las actividades laborales y el correspondiente empleo de personal competente.

En los últimos años, en Italia, se ha hablado a menudo de establecer una “renta de ciudadanía” que tenía la función de suplir las condiciones de empobrecimiento de algunos estratos sociales y de estimular la búsqueda de trabajo de

los jóvenes. Este segundo propósito de la “renta de ciudadanía” ciertamente no funcionó, terminando por desincentivar la búsqueda de trabajo ya que la renta estaba garantizada más o menos independientemente. En cambio, convendría inaugurar una temporada en la que se crea y difunde un “trabajo de ciudadanía” y al mismo tiempo se favorece el nacimiento de nuevas empresas que lo pongan en práctica.